

siempre los Diernstein castigarán á los Prédalgonde!

Bajó su velo y, sin hacer un gesto de despedida, firme, derecha y muda, pasó por delante de su amante, abrió la puerta y desapareció.

Él la siguió con los ojos, sorprendido á pesar de su impudencia, desconcertado á despecho de su cinismo, con el corazón un poco oprimido á pesar de su audacia: después se encogió de hombros consolándose con esta injuria soez:

— ¡Vieja bestia!...

Cogió su sombrero y su gabán, y salió camino del Círculo.

XI

Á eso de las tres, la señora de Sauvelys estaba en su casa de la calle Velázquez, sentada junto á una ventana que caía sobre el parque Monceau, leyendo distraídamente un libro. Sus ojos se apartaban á menudo de la página comenzada para fijarse en el cuadro ofrecido por aquel gran jardín muerto bajo el cielo de otoño. Los árboles extendían en la bruma ligera sus ramas negras y retorcidas, las hojas caídas cubrían la hierba amarilleada por la helada, y las estatuas se erguían frías y tristes sobre sus pedestales ennegrecidos por la lluvia. Los coches pasaban lentamente á lo largo de la gran avenida silenciosa, y los guardias, envueltos en sus uniformes verdes, se paseaban aburridos de no hacer nada. Era un tiempo esplinoso. El día declinaba entenebreciendo la naturaleza y el pensamiento. Hacía tres días que la señora de Sauvelys no veía á Luciana. La joven no había venido á la calle de Velázquez, ni la baronesa había ido á la calle de la Universidad.

No estaban reñidas, pero se desafiaban mutuamente. La señora de Sauvelys no ignoraba los

proyectos de la señorita Maréchal, y había hecho todo lo posible por disuadirla de su propósito, y hasta llegó á proponer á Luciana que emplease todo el influjo que tuviese sobre Prédalgonde, para obligarle á emprender su viaje. Esto provocó una explicación difícil entre las dos amigas, porque la señorita Maréchal, con la habilidad que le era peculiar, le preguntó á la baronesa cómo se las arreglaba para reprimir los arrebatos del fogoso Roger, y la señora de Sauvelys se abstuvo de responder. Su fisonomía impenetrable y su mutismo exasperaron á la joven que, no sin ironía, procuró arrancar por fuerza las confesiones que no querían hacerle de buen grado.

Tropezó, no obstante, con una resistencia cuya firmeza la sorprendió. Su sagacidad la permitió comprender todo el interés que la señora de Sauvelys tenía por Prédalgonde, y relacionando esta observación con la especie de calofrío que la baronesa experimentaba cuando hablaban del marqués, dedujo ciertas conclusiones que no estaban muy lejos de la verdad y que, de todos modos, explicaban perfectamente la actitud grave y la habitual tristeza de su amiga.

Á su juicio, habían mediado entre Roger y la señora Sauvelys vínculos muy fuertes de cariño, que únicamente las veleidades de Roger pudieron romper. Sin duda, una indignidad del hombre descubierta repentinamente, pudo alejar á la mujer, pero sin

destruir su amorosa ternura : y después de la separación y de los nuevos enredos de Prédalgonde, ella debía de seguirle amando, pudiendo extremar su generosidad hacia aquel hombre indigno hasta el punto de aconsejarle y defenderle.

De esto dimanaba su prudente desconfianza, porque su cariño hacia la señora Sauvelys se reavivaba con la certidumbre de aquella apasionada abnegación. El carácter de Luciana, tan enemigo de las formas superficiales y de los sentimientos usuales, se inflamaba de entusiasmo ante aquella ternura fiel que resistía á la traición y á la infamia. Pero como quería ponerle á su empresa feliz término y remate, y probarle á la señora de Diernstein la sequedad de corazón y los cálculos ambiciosos de Prédalgonde, se ocultaba de la baronesa y no la veía, ahorrándose así el trabajo de disimularle sus pensamientos y sus actos.

Ésta sufría con aquella separación y aquella reserva. Temía por su amiga y por Roger, y, colocada entre estos dos seres, á uno de los cuales amaba y estimaba, y al otro amaba y despreciaba, esperaba angustiada aquella serie de acontecimientos que tendrían necesariamente que desgarrarle el corazón. También pensaba en Hiénard. Éste, ciertamente, estaba en su derecho defendiéndose : no había *dilettantismo* en su conducta, ni interés en sus resoluciones. No quería que su madre sirviese de presa á

un aventurero. Combatía por su honor únicamente, y su causa era sagrada. Por eso la señora de Sauvelys estaba triste. Si se hubiese tratado de cualquiera que no fuese Juan, ella hubiese trabajado secretamente en favor de Prédalgonde. Pero auxiliar á Prédalgonde en el combate empeñado, era perder á Juan, y eso no lo quería tampoco.

Al principio tuvo la idea de ir á ver á la señora de Diernstein, ¿pero qué podía decirle á aquella mujer celosa y torturada, que luego no redundase en perjuicio de cualquiera de los dos adversarios? Y siempre la situación permanecía inextricable. No había medio de aclararla si no era valiéndose de aquella terrible Luciana que tenía todos los hilos de la intriga, que sería implacable en su odio contra los hombres y su desprecio por la sociedad, y que ejecutaría, como verdadera vengadora de los desfalcos, de las cobardías, y de los crímenes del mundo, á aquel á quien juzgaba responsable de todo; ¡al Rey de París!

Con los ojos fijos en la ventana que iba enlutando la noche conforme se acercaba, la señora Sauvelys repetía aquel título irónico otorgado á Roger por sus amigos, sus aduladores y la turba de holgazanes estúpidos. ¡Qué cara iba á costarle aquella realza del buen tono conquistada entre el polvo de los hipódromos, la borrachera de los festines y la disipación de las reuniones mundanas! ¡Polichinela vestido con

trajes nuevos y corbata de seda y guantes blancos y zapatos de charol y monóculo, y que reinaba sobre otros polichinelas tan vacíos y peripuestos como él! Y, tras aquellas apariencias de lujo y de gracia, estaba la realidad que ella sospechaba: las necesidades apremiantes de dinero, los compromisos ambiguos y la ejecución secreta pero necesaria y terrible, de los procedimientos innobles que sostenían aquella posición soberana y triunfadora á la cual era indudable que Prédalgonde renunciaría con la vida.

Así permanecía la señora de Sauvelys, dejando correr el tiempo, con el libro sobre las rodillas, la vista perdida en la penumbra y el pensamiento en aquellos recuerdos desencantados, cuando su doncella entró silenciosamente y murmuró inclinándose sobre ella:

— Señora, ahí está el señor de Prédalgonde.

Aquel anunció correspondía tan bien á los pensamientos de la baronesa, que la joven no se inmutó. Había evocado, por así decirlo, á Roger, y le pareció natural que viniese. Se levantó á tiempo que él entraba en el salón. Ella dijo:

— Denos usted luz.

Quería ver el semblante de Roger y no perder nada de lo que su fisonomía pudiese expresar. Él estaba un poco pálido, pero tranquilo y sonriente:

— He tenido disgustos, querida mía, — empezó diciendo — desde que no la veo á usted. Lo cierto es

que la vida es desagradable.... Es imposible arreglarla como debe estar....

— ¿ Trabaja usted juiciosamente por conseguirlo? preguntó ella.

— ¡ No mucho ! Soy caprichoso, según usted me ha reprochado muchas veces ; y caprichosamente no andan bien las cosas.

— ¿ Entonces nada marcha á gusto de usted ?

— Usted juzgará. Estoy procurando dejar á la señora de Diernstein, operación que me proporciona grandes fastidios.

— ¡ Pobre mujer ! ¿ Por qué la deja usted ? Va á ser muy desgraciada.

— Siempre concluiremos en eso, en separarnos.

— Sí, — dijo la señora Sauvelys con cierta amargura ; — lo sé.

— Anoche tuve con ella una escena muy penible, y no le referiría á usted estas miserias del corazón si no tuviesen, en lo que á mí conciernen, un alcance excepcional.

La baronesa bajó los ojos y su semblante se entristeció. Vecía llegar lo que tanto había temido ; el deseo de Roger de obligarla á decidirse por cualquiera de los dos partidos beligerantes. Pero á él no le contó aquella expresión triste ni aquel cambio repentino en la mirada, y agregó :

— Estoy comprometido, querida mía, en una aventura pasional que puede ser el coronamiento feliz de

todas las penalidades de mi existencia. Si la felicidad es realizable por el lujo, y por la satisfacción de todos los apetitos y de todos los deseos, estoy en vísperas de conquistarla. En estos momentos camino á la conquista del vellocino de oro. Mas puedo naufragar ; la aventura está llena de peligros, erizada de emboscadas. Tengo que habérmelas con enemigos conocidos y con otros ocultos á quienes sólo conozco á medias. Una aliada con la que cuento está dispuesta, según me aseguran, á traicionarme en vez de defenderme. Estoy ansioso, casi indeciso.... Quizá tenga tiempo aún de echarme atrás.... mas no he querido seguir ni recular, sin haber visto á usted y sin oír sus consejos. Me encuentro en el momento preciso en que mi vida va á cambiar.... ¿ Qué debo hacer ?

Ella levantó los ojos y repuso mirándole fijamente :

— ¿ Me dirá usted toda la verdad si yo me comprometo á decírsela también ? ¿ Tendremos una confianza recíproca ?

— Le diré á usted lo que puedo decir.

— Eso no basta. Hay que decirlo todo... ó callarse.

— Hay secretos que no me pertenecen.

Las mejillas de la baronesa se arrebolaron y sus ojos brillaron.

— Quiero saber todo lo de usted, — dijo, — no ya lo malo, sino lo peor. Roger, usted siempre ha sido misterioso para mí, aun cuando parecía franquearse

más libremente. En usted hay dos hombres; el que usted enseña y el que no se vé. Yo deseo conocer al uno y al otro.

Él sonrió con tristeza.

— ¿Para qué? — repuso; — para huir al hombre que soy y que se oculta, es por lo que deseo ejecutar mis proyectos; de esto depende mi redención definitiva.... Usted puede ayudarme mucho á triunfar....

Ella repuso vivamente:

— ¿Pero cuál es la causa que haré triunfar? ¿Quiere usted que le sirva como una ciega? ¿Y contra quién?

— Contra personas á quienes usted quiere.

— ¿Y para obtener qué?

— Para facilitar mi matrimonio con vuestra amiga la señorita Maréchal.

— ¡Es posible! — gritó la señora de Sauvelys: — ¿Tiene usted ese proyecto? ¿Y Luciana le anima!...

— Creo que hoy mismo me dará su palabra.

— ¿Y ayer rompió usted con la duquesa?

— Sí.

— ¿Para siempre, sin remisión?

— Para siempre, sin remisión.

— ¡Ha venido usted á verme demasiado tarde! — gritó la baronesa con abatimiento. — ¿Qué puedo hacer ahora por usted? Y aun ayer, ¿qué hubiera podido?... ¿Aconsejarle que no dejase á Elisa? Pero, ¿lo hubiese hecho? Vuestras relaciones con ella no

podían durar, y concluían fatalmente puesto que era imposible que se desposase con usted. Y ahora, ahora....

— ¡Hable usted!

— Yo no puedo nada.

— ¿Me abandona usted?

— No puedo traicionar á los otros.

Él hizo un gesto de furor.

— ¡También encuentro á Hiénard aquí! ¿Es vuestro amante, para que tanto se interese usted por él?

Ella suspiró tristemente.

— No he tenido más que un amante, usted bien lo sabe, y aquel me curó de amor para toda mi vida. Hiénard es el compañero de mi niñez. Si yo no hubiese sido amiga íntima de su madre, usted no hubiese conocido á la duquesa, y no me hubiera abandonado; á mí, joven, pero pobre relativamente, por ella, ya madura, pero tan rica, tan loca.... Yo no se lo reprocho, Roger, pero me acuerdo siempre....

— ¿Cree usted que está confabulada con la señorita Maréchal para asestarme uno de esos golpes de los cuales un hombre se redime difícilmente?

— Lo ignoro.

Un relámpago iluminó el espíritu de Prédalgonde, y añadió dándose una palmada en la frente:

— ¿Estará la señorita Maréchal enamorada de Hiénard?

— Tal vez

Roger se irguió y su semblante afectó una expresión tranquila.

— ¡ Está bien, — dijo; — eso era todo lo que deseaba saber. Ahora puedo obrar y no la pregunto á usted más. Suceda lo que quiera, no les serviré de juguete, y si no triunfo, al menos me vengaré.

— Tenga usted cuidado, Roger, tenga usted cuidado. Proceda usted con cautela, aun no se ha perdido todo. Si siente usted que el terreno que pisa es inseguro, aléjese usted durante cierto tiempo. En París todo se olvida pronto. Viaje usted seis meses, y luego reaparecerá más brillante, más envidiado. Pero no se forme usted, con sus violencias, enemigos implacables. ¿ Qué interés tendría usted en jugarse el todo por el todo ? ¿ Cuántas veces le he oído decir á usted que nunca debía empeñarse uno en ir contra la corriente ? Pues bien, Roger, la corriente le es contraria ; ceda usted, sin perjuicio de volver á la lucha más tarde.

Él sonrió y repuso como el hombre cuya resolución es inquebrantable :

— Esos son consejos llenos de experiencia ; pero en el juego de la vida no se procede siempre como en el juego de naipes... Los naipes son insensibles é inertes... Representan el destino y no pueden influenciarse, á no ser haciendo trampas. Los seres humanos, en cambio, son naipes animados y pensantes : reyes, caballos y sotas, que modifican el curso de

la partida según sus impresiones y sus intereses. En eso confío aún y no desisto. Le agradezco á usted lo que me ha dicho y me aprovecharé de ello. Perdóneme usted mi metáfora de los naipes ; está un poco gastada, pero usted es quien me la ha sugerido.

Parecía haber recobrado toda su presencia de ánimo, y añadió inclinándose hacia la baronesa y cogiéndola una mano :

— Voy á tener que dejarla á usted.

Ella preguntó con inquietud :

— ¿ Dónde va usted ?

— Á casa de la señorita Maréchal.

Ella no respondió, pero movió la cabeza con aire de censura. Roger añadió alegremente :

— Usted tiene muchos deseos de decirme, como el campesino del bosque de Mans al rey Carlos : ¡ No sigas cabalgando, gentil señor, porque te han traicionado !

— Yo no le digo á usted nada más ; sería inútil.

— ¡ Es muy cierto !

Ella se había levantado para acompañarle á salir. Cerca ya de la puerta se detuvo y exclamó mirando á la señora de Sauvelys con semblante descompuesto :

— ¡ Pasar junto á esos millones sin procurar cogerlos ! Vamos, querida mía, si yo hiciese eso sería un loco ó un cobarde ! ¡ Tantos millones ! ¡ Y obtenerlos en un instante, por el capricho de una muchacha que ya tiene ventiséis años, que no es bonita y que

tal vez sea ambiciosa! Nadie podrá decir que reculé en el momento supremo de acometer la aventura.

Ella volvió á repetir:

— ¡Roger, tenga usted cuidado!

Él hizo un gesto de confianza y salió. Á la misma hora, próximamente, se presentaba Hiénard en casa de la señorita Maréchal. Nunca había estado en el hotel de la calle de la Universidad. El aspecto grandioso de aquella habitación admirable, le impresionó, y quedó encantado viendo las maravillas artísticas que hacían de aquellos salones y de aquellas galerías, un verdadero museo. Conducido por un lacayo atravesó varias habitaciones y fué introducido en un gran estudio situado al norte, sobre un jardín, y que era el retiro predilecto de Luciana. Allí había reunido sus mejores trabajos y sus juguetillos predilectos. Un órgano de iglesia ocupaba todo un testero del amplio salón. En los caballetes había varios bocetos y sobre una mesa se secaba una acuarela representando un ramillete de flores. La joven se adelantó hacia el visitante y le tendió la mano:

— Dispénseme usted que le haya hecho atravesar toda la casa para venir hasta aquí. Este estudio constituye mi verdadero refugio, y no crea usted que deo entrar en él á todo el mundo.

— Pues le agradezco á usted mucho, señorita, que haya hecho una excepción en favor mío.

— Y además, quería enseñarle á usted el famoso

torso que han enviado á mi padre y que es, según parece, de un discípulo de Praxiteles.

Le había conducido delante de un trozo de mármol sobre el cual se modelaban los vigorosos contornos de un cuerpo atlético. Era un resto muy interesante que Hiénard examinó atentamente. Luego dijo:

— ¡Es magnífico! Pero los escultores del Renacimiento han hecho otras obras tan hermosas como ésta y más humanas. Todos esos restos antiguos representan dioses ó diosas, y son fríos, á despecho de su majestad. Á estas estatuas siempre se las representa uno bajo los pórticos, alineadas simétricamente en las plazas rectangulares, ó en lo alto de suntuosas escaleras. Es un arte muy aburrido.

Luciana se echó á reír:

— ¡Me alegro mucho! Usted, siquiera, no oculta su pensamiento. Los otros días Bressón, miembro del Instituto, vino á ver este torso y se quedó extático, como un clérigo en su altar: cuando acabó de hacer sus genuflexiones, exclamó: « ¡El arte se detuvo en ese pueblo. Desde entonces no se ha hecho nada! » Daba risa considerar que con aquellas palabras quería decir: Exceptuándome á mí, no hay más que ellos. De modo que, en dos mil años, no ha habido escultores. Fidias y Bressón; y entre los dos, ¡el vacío!

— Eso no les hará mucha gracia á Miguel Ángel

Juan Goujón y algunos más... Y, además, ¡ es muy fácil denigrar la vida á beneficio de la muerte! Los muertos no molestan á nadie; su mérito está comprobado y puede uno utilizarlo para calcular el valimiento de los vivos. Es un procedimiento muy usual y muy cómodo. Yo amo la vida, me gustaría expresarla en sus manifestaciones más modernas y sostengo que cada época tiene un arte peculiar. ¡ Desgraciados de aquellos que se encastillan en los moldes viejos y son esclavos de la rutina! El pobre mendigo que nos tiende la mano en la calle, es tan digno de ser modelado como una Diana cazadora; y, en suma, más me gusta Cellini en sus copas, en sus jarrones, en sus aldabones y en sus empuñaduras de espada, que en su Júpiter. Pero, dispéñseme usted, la estoy aburriendo con esta conferencia.

Se detuvo algo confuso, mas ella hizo un gesto negativo y repuso sonriendo:

— No, ciertamente; explica usted perfectamente muchas cosas que yo sólo comprendo de un modo confuso. Es indudable que lo mismo en artes que en ciencias, debe caminar á la vanguardia, buscando horizontes nuevos. Los siglos se suceden pero no deben copiarse unos á otros; renunciar al esfuerzo y limitarse á ejecutar siempre la misma cosa, es negar el progreso, y por consiguiente, la vida. Yo también amo la vida.

Se miraron y quedaron sorprendidos de la repen-

tina simpatía que había surgido entre los dos; no experimentaban ninguna turbación al verse juntos y se sentían inclinados á revelarse el fondo de sus pensamientos y de sus corazones. Después fueron á sentarse junto á la gran chimenea de piedra tallada, y Luciana dijo:

— Yo amo la vida y, no obstante, está plagada de amarguras, de decepciones y de miserias; y siempre los espíritus más nobles son los más desgraciados, porque todo les molesta en medio de las vulgaridades, de las bajezas y de las villanías usuales. En estos tiempos, que parecen hechos para los pedantes y los pillos, compadezco á las almas delicadas y leales. Pero no debemos limitarnos á compadecerlas; hay que animarlas. Media una solidaridad entre las gentes que piensan y obran con arreglo á los mismos principios, y son aliados inconscientemente unos de otros...

— Usted lo ha probado, — dijo Hiénard gravemente.

— Yo siempre concilio gustoso mis actos con mis palabras, — repuso Luciana. Este es uno de los caprichos que desprestigian más pronto á cualquiera, supuesto que la mentira y el engaño son las reglas usuales del mundo en que vivimos. Mas yo me preocupo poco del qué dirán; y éste también es un capricho al cual no resiste generalmente ninguna reputación. Es cierto que á mí, como soy

tan rica, todo se me perdona, y por esta razón desprecio á la humanidad.

— No hay que despreciarla, señorita, — repuso Hiénard, — hay que compadecerla.

— Sí, ya lo sospeché, usted es muy indulgente, pero eso obedece á que usted es libre, porque es hombre. Yo, como mujer, todo lo debo sufrir y aguantar; las desilusiones del corazón, las torturas del pensamiento, los desengaños del medio en que estoy condenada á vivir, las nostalgias de la experiencia adquirida, las amarguras de la juventud perdida. Usted, ya lo sé, ha sacudido el yugo de la riqueza que le retenía cautivo, y se ha ido á vivir á su gusto, de su trabajo, por su arte, con compañeros elegidos. Pero, yo...

Sus ojos se arrasaron en lágrimas y añadió con un acento inexpresable de dolor:

— En fin, soy una tonta, dispéñeme usted. Hace media hora que está usted aquí y, si sigue usted un poco más, le refiero mis penas. Ya ve usted que la simpatía que le profeso es bien real, bien completa, puesto que me confieso con usted como con un amigo de toda la vida. Por lo menos mi emoción habrá servido para que usted no me disfrace las suyas, y para que yo le interrogue á mi gusto y usted no recele tampoco de contestarme libremente. No ignoro la causa que le ha traído á usted hoy aquí. Tráteme usted según yo le trato y no tema decir-

melo todo; mi corazón únicamente le oye á usted.

Hiénard, muy conmovido, tendió la mano á Luciana:

— Le doy á usted las gracias; ya sé lo que vale su confianza, y siento todo el calor de su bondad. He comprobado los efectos de vuestra intervención. El señor de Prédalgonde no ha vuelto á poner los pies en casa de la duquesa de Diernstein desde que ella ha regresado á París. ¿Es que han reñido seriamente?

Ella había notado que Juan no decía, mi madre, sino la duquesa, como si la unión de la frase, «mi madre», con el nombre del señor de Prédalgonde, le pareciese una profanación. Esto la reveló todos los dolores de aquel espíritu delicado, y se apresuró á devolverle la tranquilidad:

— Sí, han reñido definitivamente...

— Pero, ¿en virtud de qué rasgo prodigioso de habilidad?

— Nada de habilidad, nada de prodigio; la pura y simple especulación sobre la cobardía y la baja humana. Ha bastado mostrarle al marqués de Prédalgonde un negocio más ventajoso, para hacerle renunciar á aquella á quien perseguía con tanta asiduidad. Ya le he dicho á usted hace un momento que como soy tan rica, todo me lo perdonan. Será preciso también que me disimulen este último capricho: he tenido la idea de casarme con el señor de Prédal-

gonde ; he fomentado sus esperanzas con respecto á mí, le he animado á pedirme mi mano, y, de pronto, voy á cambiar de ideas y á no volverle á ver. El pobre muchacho se habrá comprometido por mí, habrá roto sus relaciones más firmes y habrá quemado valientemente sus barcos... Lo ha perdido todo... Le despediré...

— ¿ Y si se incomoda ?

— Me alegraré infinito. Amo la lucha.

— ¿ Y si la calumnia á usted ?

— Nadie le creerá. Se come demasiado bien en casa de mi padre.

— Usted no sabe á quién ataca. He venido principalmente por prevenirla. Estoy asustado, ahora que conozco bastante bien al personaje. Porque, ¿ quién podría vanagloriarse de conocerle completamente ? ¿ Sus cómplices tal vez ?... ¡ Quién sabe !...

— ¡ Hola ! habla usted como si se tratase del jefe de una partida. ¿ Es, tal vez, Jack Sheppard ?

— Es un hombre muy temible, porque es muy inteligente, es guapo á carta cabal y no tiene escrúpulos.

— Siempre he desconfiado de él, desde hace tiempo.

— Su brazo derecho es ese viejo conde de San-Vicente, que recorre París con cinco ó seis nombres diferentes, y con otras tantas profesiones tan lucrativas como criminales. ¿ Se le creería gotoso viéndole

dormitar por los salones, verdad ? Pues bien ; es ágil, vigoroso, listo, y representa sus papeles con el arte de un verdadero actor...

— ¡ No importa ! Á Prédalgonde y á San-Vicente los meteré en el mismo cesto y, ¡ fuera !

Permaneció pensativa unos momentos y luego añadió con acento de triste ironía :

— Es de sentir que esos individuos dotados de cualidades tan excepcionales, se empleen en tan ruines quehaceres. ¿ Se ha imaginado usted un Prédalgonde ó un San-Vicente en la diplomacia ó en la política ? Qué partido hubiera podido sacarse de esos temperamentos prodigiosamente organizados para el engaño, la vulgaridad, y al mismo tiempo para la popularidad, la ambición y el placer. Colocadlos en una escena digna de sus aptitudes que propenden á desencadenar todos los males que afligen á la humanidad, y en vez de dos caballeros de industria adocenados, tendrá usted un Barras y un Fouché...

— No tenga usted demasiada confianza en sí misma y tema á los caballeros de industria adocenados. Cuando se vean descubiertos, no perdonarán á nadie...

— Si no aventurase nada en el juego, no hubiese empeñado la partida... y no me he resignado á enganar sino porque estaba resuelta á decírselo, en un momento dado, á aquel que, con gran sorpresa suya, va á ser la víctima.

— ¿Y yo no puedo ayudarla en nada, ya que á tanto se ha atrevido usted por mí ?

— Nada, no intervenga usted en este asunto. Los hombres estorban, porque tienen una serie de escrúpulos y de delicadezas que les ponen á merced de sus adversarios. Vaya usted á ver á su madre, que necesitará consuelos y ternura. La estoy desgarrando el corazón bien á pesar mío ; piense en las heridas que estoy causando por usted.

— Es usted encantadora y buena.

— La que es encantadora y buena es vuestra madre. La quiero muchísimo; no la permita usted que me odie. En estos momentos me maldice, porque sufre. Deseo que alguna vez comprenda todo el respeto y el verdadero cariño que hay en mi aparente hostilidad.

— Haré todo lo posible porque así suceda, se lo prometo á usted.

— Está bien : ahora, váyase usted. Pronto serán las cinco, mi enamorado va á venir y sería peligroso que le viese aquí á usted. Vuestro encuentro avivaría la mecha de mi mina. Creo, por lo demás, que no será ésta la última vez que venga usted por aquí.... Tiene usted la seguridad de encontrar siempre una amiga.

Él cambió una mirada con la joven y quedó sorprendido al ver la metamorfosis que en su semblante había causado la animación de su entrevista. Sus

rasgos finos, sus ojos brillantes y expresivos y su sonrisa alegre, la hacían aparecer casi bonita. No era la sarcástica y amarga Luciana arrojando sobre todas las cosas el desencanto de su crítica; sino una mujer de clara inteligencia y de elevado criterio, y que reservaba sus simpatías para quien las mereciese. Entonces presintió que su aparente escepticismo servía para encubrir una bondad real, y que si se mostraba agresiva era para ahuyentar á los tontos y á los malvados; y adivinó tesoros escondidos en aquel corazón encastillado en su indiferencia voluntaria.

— Le doy á usted las gracias por todo lo que hace por mí, — dijo Hiénard inclinándose. — Vendré á verla á usted, puesto que me lo permite, y ahora voy á consolar á mi madre.

Se dieron la mano y en aquel apretón ligero y tibio, los dedos de la joven demostraron una firmeza viril que tranquilizó á Juan. Él sabía que era lista y previsora, y ahora se le mostraba brava y fuerte. Luciana triunfaría de Prédalgonde.

— Adiós, — dijo Luciana.

Recondujo á Hiénard á través de los salones y de las galerías hasta la escalera, y le siguió con la vista hasta que hubo salido del patio; y una vez convencida de que no se había encontrado con el hermoso Roger, volvió á sus habitaciones.

Aquella noche la pasó la duquesa llorando y á la

mañana siguiente no quiso salir de su tocador, y permaneció allí, tendida en un diván, pasando y repasando continuamente en su cerebro la horrible idea de su abandono definitivo. No podía resignarse; la pérdida de su amor era la ruina de su vida. Todos sus placeres, todos sus triunfos; la juventud prolongada hasta la edad madura, su rivalidad victoriosa contra las más bellas, los homenajes obtenidos, las adulaciones aceptadas, la supremacía indiscutible y perpetua, todo aquello que era la envidia de otras mujeres, y que constituía su gloria mundana y su felicidad íntima, todo desaparecía en el desastre; y quedaba sola, abandonada, vestida de luto, muerta, puesto que cesaba para ella lo que formaba la vida.

Herida en el corazón, no tenía alientos para discurrir, rehacerse y procurar salvar las apariencias, disimulando su derrota y aniquilamiento. Elisa se dejaba morir en cuerpo y alma, acostada, en la obscuridad, con las cortinas medio corridas, sin una queja, con los ojos secos ya de tanto llorar y el cerebro martilleado por aquel pensamiento único: ¡ el abandono, el abandono, el abandono !... ¿ Qué iba á ser de ella ? ¿ Á qué iba á resolverse ? ¿ Qué sucedería después de una crisis semejante ?... No procuraba preverlo. Se hallaba abandonada por aquel á quien quiso locamente, desesperada y ciegamente, con una ternura postrera, tras la cual ya no le res-

taba nada, ni podía desear nada más que el silencio y la soledad, tal vez la tumba.

Y, abismada, aplastada á lo largo del sofá, sólo le quedaban fuerzas para suspirar y decir que todo había concluído. Ninguno de sus servidores se atrevió á ir á ver. Su doncella la vistió por la mañana sin conseguir arrancarle ni una palabra; y asustada, estupefacta, de aquel silencio trágico y de aquel rostro descompuesto por el dolor, permanecía donde pudiese oírla esperando á que la llamase para prestarle sus cuidados ó sus consuelos. Pero hacía algunas horas que en el gabinete-tocador no se oía ni un ruido, ni un suspiro. ¿ Qué sucedería allí ? ¿ Qué espantosa agonía se ocultaba entre aquellas cuatro paredes ?

Sin embargo, á las tres de la tarde ya la doncella no pudo contenerse y se decidió á llamar, puesto que la señora de Diernstein no se había movido en toda la mañana ni comido desde la víspera. Pero no obtuvo ninguna respuesta. Pasaron algunos instantes y volvió á llamar. El mismo silencio. Esta vez experimentó un calofrío de angustia y de terror, imaginándose que su ama estaba agonizando sola en aquella habitación obscura y sorda. Resolvióse á entrar y dijo :

— Señora....

La voz de la duquesa repuso desde la obscuridad :

- ¿ Quién me llama ?
 — Soy yo, señora.
 — ¿ Qué hay ?
 — Venía á saber si necesitaba algo la señora.
 — Nada. Déjeme usted y que no me molesten.

La criada salió y reanudó su vigilante espera junto á la puerta de aquella habitación en que su ama prolongaba su suplicio. Cuando á eso de las cinco se presentó el viejo Fermín precediendo á Hiénard, la doncella tuvo una explosión de alegría.

— ¡ Ah, señor, qué felicidad ! Solo el señor tiene bastante influencia sobre la señora duquesa, para decidirla á que vuelva á la vida. Desde esta mañana, señor, está ahí, sin hablar, sin moverse, sin comer.... ¡ Ah, señor ! entre, pero entre usted solo, yo no me atrevo á presentarme delante de ella después de lo que me ha mandado.

Juan hizo un signo de conformidad y se apresuró á abrir la puerta del gabinete, sepultado en el silencio y en la obscuridad de siempre. En el aire se respiraba un olor acre de sales inglesas. El joven se aproximó al diván sobre el cual yacía la duquesa inerte y muda. Apenas la veía. Ella hizo un movimiento brusco, cual si saliese de un sueño, y dijo :

— ¿ Quién está ahí otra vez ?

La voz dulce y grave de Hiénard, respondió :

— Yo, madre mía.

Al escuchar aquellas palabras la pobre mujer dió un salto. Cogió á su hijo entre sus brazos ; le estrechó con fuerza desesperada contra su pecho, y gritó enloquecida :

— ¡ Juan, hijo mío, hijo mío ! ¡ Ah, Dios mío !... ¡ Ya no estoy sola ! ¡ Aún tengo quien me ame !... ¡ No, no estoy perdida del todo !

Y dejándose caer de nuevo sobre el sofá, atrajo á su hijo hacia sí, abrazándole como una loca, y estalló en sollozos. Él, casi arrodillado, la dejaba llorar, comprendiendo que aquella crisis la aliviaba y que su desesparación se iría con sus lágrimas. Pasado un momento la duquesa se enjugó los ojos con un pañuelo y exclamó :

— ¡ Ay, Juanito mío, tú no sabes cuán desgraciada soy ! Si no llegas á venir creo que me hubiese muerto. El corazón no puede soportar torturas semejantes sin romperse. ¡ Querido hijo mío, qué bueno eres viniendo á verme ! ¿ Amapas todavía un poquito á tu madre ? ¡ Ay, ya no tengo á nadie en el mundo, más que á ti ! Y si tú me abandonas, todo ha concluído.... ¡ Esta vez, todo ha concluído !

Y volvió á echarse á llorar. Él la estrechó contra sí y colocó sobre su hombro aquel pobre rostro quemado por la fiebre. Y en aquel instante cariñoso, casi amoroso, que recordaba horas deliciosas de ternura y de abandono, encontró la incorregible apasionada un dulce consuelo. Juan la animaba y

fortificaba con sus palabras, como á un niño :

— No, madre mía, todo no ha concluído, nada ha concluído; todo puede volver á empezarse con un poco de juicio. La vida puede ser todavía muy bella para usted. Vuestra situación está intacta, vuestros amigos continuarán siéndole fiel. Usted es amada....

Oyendo esta palabra, las lágrimas de Elisa volvieron á correr. Amada, sí, pero no como ella quería serlo. ¿ Qué era la existencia sin la deliciosa sensación del deseo de un hombre, sin el riente pensamiento de que se le iba á ver, sin la encantadora preocupación de agradarle? Sí, sería amada, pero por indiferentes, por compañeros de fiestas, por comparsas sin interés. Pero las hermosas victorias amorosas que la hicieron tan apetecible, ya no volverían más. Aquello era renunciar á la juventud y á todas las exquisiteces de la vida. ¡ Esto era lo que le ofrecían por todo consuelo !

Juan agregó dulcemente :

— Hay otras satisfacciones, madre mía, que no son esas que usted ha tenido en tanta estima, y basta conocerlas para apreciarlas y comprender que son muy superiores á las otras. Usted vive en un torbellino febril y confunde la agitación con la felicidad; ¿ Qué error el suyo ! Usted ha vivido de sus nervios y no hay que vivir únicamente del cerebro. Vuestros placeres eran artificiales, ninguno ha podido sobrevivir y todos han pasado dejándole cada cual una de-

cepción. Mi querida madre, tenga usted confianza en mí, déjese usted guiar por su hijo. Usted ha visto que yo me retiré voluntariamente del medio que usted consideró, durante mucho tiempo, como asiento único de la dicha. ¿ Cree usted que he sido desgraciado? Mi verdadera existencia ha empezado desde que me refugié en mi retiro. Antes yo era un ser vacío y nulo, un monigote que se movía como todos esos mundanos que usted tiene la costumbre de ver gesticular, saludar y dar vueltas alrededor de usted, y que sirven de irrisión y de desdén á los que saben pensar. Al principio, mi soledad me pareció severa, pero bien pronto sorprendí en ella encantos inesperados. Allí encontré á un compañero, siempre dispuesto, siempre variado, que me consolaba; el trabajo. Pero usted no tiene necesidad, madre mía, de convertirse tan completamente. La evolución que usted realice no será tan absoluta ni tan austera. Conservará usted su lujo, sus costumbres, sus placeres; toda su labor se reducirá á enfrenar un poco su fantasía y á depurar su imaginación, y todo irá perfectamente. Tiene usted tanto espíritu y tanta gracia, que con este nuevo aspecto agradará usted tanto como con el antiguo. Vuestra dulce afabilidad, que le ha conquistado tantas amistades, retendrá en torno de usted, todas las simpatías. Triunfará usted por su bondad como ha triunfado por su belleza, y sin nuevas sacudidas, sin amarguras, con perfecta dignidad llegará